

tra con los vestigios de la desolación y de la muerte. Las haciendas incendiadas: los ganados disminuidos: los campos incultos: las poblaciones trasladadas á los barrancos: las minas ensolvadas: podridos sus ademes, y de consiguiente derrumbadas y perdidas sus labores. Si se trata de plantear máquinas de vapor, nos encontramos con que la regencia dió cierto privilegio exclusivo á un anglo-americano, con lo que ya no puede vulgarizarse este arteificio, ni sacarse provecho de él, por todos los que lo necesitan: el monopolio del privilegio va á reconcentrar en una sola mano los beneficios que debían ser comunes á muchos: así lo he reclamado en la abispa, y mi buen celo ha sufrido contradicciones y pesares. El ingrediente *azogue* vale 100 ps. quintal: nadie puede comprarlo. Hé aquí cegada la fuente principal de nuestra prosperidad. En tal estado he oido improperar la conducta de V. M. por que ha aligerado las contribuciones de los pueblos y no los ha reagrado. Un indio conoce que si el borrico que carga su leña no puede con un tercio de ella, menos podrá con dos, y para sacar partido de su asno procura aligerarle su carga. Reflexion tan sencilla no está al alcance de muchos, y lo que os llena Señor de gloria, y os concita la benevolencia de los pueblos, es para ellos causa de que se os diga *anathéma*. Yo he elogiado vuestra generosidad cuando hablé á mi pueblo exhortándolo á una contribucion voluntaria, y le dije en verdad, que cuando en este Congreso se trataba de imponer pequeñas contribuciones, os llenabais de horror, como si se os hablase de una peste desoladora que estuviese á las puertas de México. Permitidme, Señor, que os exhorte á que no os apartéis de tan loable y prudente conducta. La baca América se ha ordeñado sin piedad: hansele secado la ubres, y no dará ya mas leche si no se le ministra alfalfa en abundancia: el pasto jugoso que la hará producir, será facilitar el comercio, minorando todo lo posible los derechos, amparando la industria, y protejiendo la propiedad. Si obráis de un modo opuesto, nuestra pérdida será indefectible, y cuantos ahora os bendicen os llenarán de maldiciones. No estoy conforme con que en la distribucion de tropas que ha hecho la regencia, se señalen 2500 hombres á Veracruz. Aquella plaza mortífera, en menos de dos meses acabaria

con todos, y no seria poco que quedasen 500. El campo santo del Buen-viaje abriga en su recinto mas de 35000 calaveras sepultadas en el poco tiempo que há que se estableció. Al decir estas palabras, el sr. vice-presidente cortó la palabra al orador, diciendole: que eso era impugnar á la regencia; pero este sin titubear le dijo: Yo debo hablar de todo, por que todo se ha puesto á la inspeccion de V. M.; y cuando no como vocal, como hombre debo quejarme de lo que se aflige á la humanidad, mandando como reses al matadero á miles de mis hermanos á que perezcan infructuosamente. Guarnézcase Veracruz, pero con solo 800 hombres y la milicia nacional, y quedará sobradamente guarnecida. Por lo que toca á la provincia de Yucatan, dénsese 4000 hombres, que bien los necesita, porque está muy expuesta á invasiones, y la pérdida de aquella península seria irreparable. La costa de Acapulco es menos mortífera que la de Veracruz, por lo que creo estará bien guarnecida con 2000 hombres, tanto mas, cuanto que por estos puntos no es de temer por ahora una invasion. Por todo lo expuesto soy de opinion fije V. M. la fuerza de 20000 hombres, y active, cuanto mas sea posible, la organizacion y armamento de la milicia nacional: ella será el muro de nuestros enemigos, el valuarte de nuestra libertad y el motivo mas seguro de las confianzas del pueblo, no menos que de la prosperidad de V. M. y de su gloria. Torno á repetir se me dispensen las imperfecciones de este discurso, como ageno de los conocimientos de mi profesion. He concluido.

El sr. Lanuza: Necesita el imperio treinta mil soldados veteranos, y veinte mil milicianos provinciales, que ademas del servicio que por ordenanza deben hacer, reemplacen las bajas que experimenten los primeros por causas naturales, ó resultados de la guerra. Tal fué mi opinion en este punto: réstame manifestar los motivos en que me apoyé; voy, pues, á probar, que mi proposicion no es una paradoja, sino que está fundada en razones sólidas de política, de conveniencia y necesidad. Por desgracia, no basta dar á los hombres reglas de conducta, ni señalarles el camino de la felicidad; ellos se extravian, efecto necesario de las pasiones, y de los diferentes modos de ver que

todos tenemos: la razón no alcanza á contenernos en los límites de nuestro deber; convertimos con extrema facilidad la libertad en licencia, y cuando no hay fuerza, no hay poder en la naturaleza para que tenga orden la sociedad: si Dios no fuese árbitro para disponer de los rayos y de las calamidades, el hombre no le obedecería, á pesar de que su grandeza se conoce por sus obras, y que su imagen está grabada en nosotros: y no nos equivoquemos con ilusiones banas; bellisimas teorías son en la práctica monstruos que horrorizan. Se acabaron aquellas edades, yo no sé si diga fabulosas, en que los hombres casaban, pescaban, ó cultivaban la tierra, y á estas ocupaciones simples estaban reducidos todos sus cuidados, toda su codicia á satisfacer la necesidad del momento, y toda su ambición á ser amados de sus hijos y domésticos. Las cosas variaron de aspecto; las grandes sociedades tienen una tendencia directa á destruirse unas á otras, y cada una entre sí: no habríamos página de la historia que no esté manchada con sangre, ni una en que no se nos aconseje, que para evitar desgracias es indispensable ponerse en aptitud de repeler la fuerza con la fuerza. Recorramos los anales de todos los siglos; sea la que quiera la forma de gobierno que adaptaron los pueblos; sea el que quiera el estado de su política, de su ilustración, los liberales y los despóticos, hasta el gobierno teocrático, que unía el sumo sacerdocio al poder real, y que no veía en su jefe más que al suplente de la divinidad, á quien obedecía inmediatamente, reconoció por principio, que para conservar el orden público eran necesarios soldados, que lo eran para consolidar el gobierno, para hacer respetar las autoridades, y observar las leyes. Esta conducta generalmente observada, me ha parecido oportuno recordarla, porque en cada hecho vive una lección que debemos aprender, so pena de incurrir en la mayor torpeza; y no sería lo peor; que adquiriésemos tan degradante concepto, la filosofía consueta en estos males de opinión; pero no hay límites contra los remordimientos, cuando se pueden evitar las desgracias de muchas generaciones, y no se hace por un prurito de singularidad que tiene contra sí la experiencia de todos los siglos, y los conocimientos de los sábios. Esto es en general, hablar de la necesidad indispensable de tener un ejército; y descendiendo á nues-

tras circunstancias particulares, voy á contraerme á ellas. = Está reducida la cuestión al número de tropas que necesita el imperio. Para resolverla se hace indispensable tomar en consideración su estado político; el de la opinión; los enemigos con que debe contar; las miras que estos deben tener; lo que vamos á aventurar si nos abandonamos; lo que vamos á ganar si nos preparáramos en tiempo, el estado de nuestra población y nuestros recursos. = Es indudable que el espíritu público no está perfeccionado: que el sentimiento de independencia no está tan generalizado como era de esperar: que existen entre nosotros enemigos de la libertad, y que cada uno de estas clases, son otros tantos escollos que tiene que vencer la nación para seguir la marcha magestuosa que emprendiera. ¿Y tendré necesidad de detenerme á probar la verdad de estas aseveraciones? ¿Ignora V. M. que existen partidos sobre el sistema de gobierno que ha de adoptarse: que existen partidos decididos porque se eternice la antigua dominación: que existen partidos de descontentos, y que los hay de hombres, que no habiendo obtenido en el último cambio, porque no merecían, anhelan un trastorno, sin otro objeto, que la perspectiva de variar de fortuna? ¿No hemos visto ya una explosión que tenía por objeto hacernos retrogradar á la época, por siempre maldita, de la esclavitud y del envilecimiento? Y si esto es verdad ¿no lo será también que tiene necesidad el gobierno de fuerza armada para que reduzca á su deber al hijo espurio de la patria, al extranjero desagradecido, al sedicioso, y al genio perturbador? = Nuestras fronteras de Oriente están siempre hostilizadas por las correrías de los indios bárbaros, sin que alcance la política á contentarlos ni hacerles nuestros amigos. ¿Ni qué política ha de bastar para contener á unas tribus que carecen de los principios de sociedad, de humanidad y de educación? La política con ellos es la fuerza. Tres siglos de experiencia son, no pruebas sino demostraciones de que no me equivoco. Por la parte de Campeche tenemos el cuerpo descubierto al enemigo: es la costa mas á propósito para una invasión, y es una parte abandonada. ¿De qué sirve un capitán general si no tiene soldados de que disponer? Las californias no han querido jurar la independen-

cia. Un encargado del gobernador para conducir pliegos, fué arrojado de la iglesia como excomulgado: los frailes estan apoderados de la opinion, y si no les oponemos mas que máximas políticas, el pueblo no las entiende, y ellos no quieren entenderlas: ¿pues qué recurso? El ordinario y conocido. San Juan de Ulúa es la piedra de escándalo: entorpece nuestro comercio, insulta nuestra libertad, maquína nuestra ruina, lisonjea las esperanzas de nuestros enemigos: ahora pregunto ¿como se hecha por tierra este escollo? ¿con promesas, con discursos, con reflexiones, con ideas liberales? Todo esto lo mira Dávila como fruslerías, y no entiende otro idioma que el que le hablen las bocas de fuego. Que los españoles no han de defender la presa que se les escapa de entre las manos, es una ilusion que solo cabe en los que no prevenen ni conocen los tortuosos laberintos de la política europea. Los documentos que ya tenemos del ministerio llamado de ultramar; la declaracion del rey sobre la conducta del inmortal O-Donojú; los diarios de las córtes; las cartas particulares de varios diputados; los ascensos de Dávila; las municiones, cureñas, cañones, é inmensos preparativos que se dicen estan unidos á las ofertas de España con las demas potencias; todo está clamando por que despertemos del letargo en que quieren sumergirnos unos pocos de ilusos superficiales. Las noticias mas recientes comunicadas el dia 3 al gobierno, nos aseguran por conductos fidedignos, de que los ministros de Inglaterra y Francia se han retirado, haciendo amenazas á los Estados Unidos, porque su presidente propuso nuestro reconocimiento, porque lo apoyó la comision encargada, y porque lo acordó el congreso. Los diplomáticos siempre reputaron por una declaracion hostil, la retirada de los ministros extrangeros: la de estos yo no sé lo que será, por que no sé si han variado las ideas en este punto. Los franceses piensan como los españoles; son sus vecinos; las casas reinantes estan enlazadas con vínculos de parentesco: del canal de la Mancha al Pirineo, y del Rinh al Mediterraneo, hay hombres, hay recursos, hay conocimientos, que sabrán los españoles aprovechar y que nosotros no podremos resistir si conservamos nuestra actual apatía. Los rusos, que hace poco mas de cien años eran desconocidos,

en nuestros dias es un coloso que destruyó al dominador de la Europa entera: nada es mas natural sino que quiera tambien establecer posesiones en América y extender hasta nosotros su dominacion: ya las tiene, y este es nuestro mal; pues veo en ellas una puerta, que si no la observamos, servirá de entrada á unos nuevos señores. Seria molestar demasiado la atencion de V. M. hacer una enumeracion exacta de los enemigos que tenemos que temer, de los flancos por donde pueden acometernos, de los puntos que tenemos descubiertos, y yo no veo, ni hay otro modo de salvarnos, ó á lo menos de vivir sin recelos y de corresponder á la confianza que debimos al pueblo soberano, sino sosteniendo un ejército que alcance á fortificar las partes de nuestra dilatada costa que la naturaleza no defendió; de nuestra inmensa frontera poblada de vecinos inquietos y velicosos, y que nos dé un aspecto imponente para que no se piense con facilidad en insultarnos. = Pero todos estos no son mas que temores de espíritus apocados: enhorabuena; pero si los cobardes no se equivocan ¿cual será el resultado? ¡Ah! dispense V. M. el pronunciar... esclavitud, ignominia, verguenza eterna. ¿Y cual es el americano que quiera exponerse sin mas razon á su favor que un *puede ser*, y un *puede ser* que está fuera de los límites de la posibilidad? = Podrá oponerse á mi dictámen, el que carecemos de poblacion y de recursos para sostener un ejército cual he opinado. Con respecto á poblacion, nos sobra la mitad: veanse los cálculos de los políticos: por cada millon de habitantes conceptúan diez mil soldados, que sin que sus brazos hagan falta para la industria, ni las artes útiles, pueden comodamente emplearse en hacerlas prosperar con las armas, protejiendo las leyes, conservando el orden y defendiendo á sus conciudadanos de toda agresion injusta. No hemos formado los censos, pero nadie ignora que el imperio Mexicano tiene sus millones próximamente de habitantes: para formar pues un ejército de treinta mil hombres, sobra la mitad de la poblacion. = Recursos, es verdad de que los hay; mas yo no quisiera preguntar el por qué carecemos de ellos. La contestacion á la verdad no nos seria muy honrosa. ¿No tenemos recursos? ¿Desde cuando nos faltan? Desde que tengo la honra de concurrir á este lugar, he oido hablar de escaseses.

en tiempo de la junta que nos precedió fué tambien este un motivo de discucion: ¿y qué hizo la junta? y qué hemos hecho nosotros con respecto á arbitrios pecuniarios? Se dijo sobre temporalidades: esto mismo se habia dicho muchos años antes, sin que hasta ahora haya surtido efecto. Se decretó *maximum* y descuentos: este es el arbitrio mas triste de la economía, y nada aventuro en decir que está fuera de las reglas del arte. Los militares y los empleados, es la clase mas pobre del estado, y es sin embargo la que no estanca el numerario: el que entra en sus manos es el que mas circula: de su circulacion el fomento de las artes; de este la prosperidad; y el estado solo es rico cuando lo son los particulares. Disminuir, pues, el sueldo á estas clases, lejos de ser economía, ni producir los saludables efectos de esta, ocasiona males contrarios absolutamente á los bienes que se propone el que obra sin cálculo. Por un liberalismo mal entendido se abolieron las contribuciones. Parece fatalidad que solo hemos de seguir el ejemplo de lo peor: lo mismo hicieron las cortes de España, y se vieron obligadas á recurrir á empréstitos con grandes sacrificios; las hemos imitado, y el resultado ha de ser necesariamente uno de dos, ó volver á los recursos antiguos, ó aniquilarnos por consuncion. Hay un medio; pero este es tardó, exige mucho tiempo, y exige mas, quanto mas tardemos en emprenderle. Un sistema de hacienda no es obra de un dia: censos, estadística, cálculo, genio de orden, entendimiento privilegiado, todo es necesario: ¿y es posible creer que los que conozcan estas dificultades, cieguen de un golpe todos los manantiales de las riquezas del estado, sin haberles substituido antes otros que les reemplacen? No puedo comprender que sea liberalismo libertar á un ciudadano de un real ó dos diarios con que contribuye al estado, distribuido en centésimas porciones, y cuyo desembolso le es insensible, para hacerle el beneficio de vivir en continua inquietud de no contar con un momento de tranquilidad, de no oír hablar á cuantos le rodean sino de miserias y escasezes, de que no le paguen si depende del tesoro público, de que le mortifiquen con peticiones si es que tiene algun fondo reservado, de ver á todo el mundo descontento, á los que mandan melancólicos, y á los que obe-

decen desesperados: en verdad que es un cuadro agradable. Confesémos sin vergüenza, que es una imprudencia quitar las contribuciones antes de discurrir otros medios con que sufragar las atenciones del erario. Parece como que me he desviado algo de la cuestion principal. El respeto que tengo á V. M. es el que ocasionan estos extravios; pero me contraeré y lo diré de una vez: no hay recursos por que no hemos tratado de que los haya; y últimamente ó tenemos posibilidad, ó no la tenemos de sostener al ejército: ¿la hay? estamos fuera de la cuestion: ¿no la hay? pues que vengan á mandarnos los españoles porque no podemos ser independientes ni libres. Tal vez se dirá que la milicia nacional basta para desempeñar todas las funciones en las tropas regladas: que cada americano es un Hércules, y que el fuego sagrado de la libertad hace portentos; pero estas son frases vacías de significación: un americano no es mas que un hombre; el fuego de la libertad se apaga en los pocos libres acometidos por muchos esclavos: y con respecto á la milicia nacional es menester conocer que no estamos en Esparta ni Atenas, en donde cada ciudadano era un soldado que todo lo abandonaba por correr al socorro de la patria. Nosotros tenemos hijos y familias á quienes amamos mucho: tenemos bienes que nos agrada poseer, y el que no tiene nada, todo le importa poco. Lo mas que podemos esperar por ahora, y mientras nuestra educacion no se mejore, de la milicia nacional, es, que conserven el orden, que custodien los presos de la carcel, que escolten un reo de un pueblo á otro, ó que persigan un ratero; pero dar una guarnicion, defender una plaza, evitar un desembarco, atacar una linea, observar disciplina y poseer el arte de la guerra; esto es de soldados, y no mas que de soldados. Si los españoles, ó los que les auxilién, no nos hubieran de mandar mas que sus milicias nacionales, bastarian las nuestras para castigarles el atrevimiento; pero vendran ejércitos de aquellos que aprendieron á pelear haciendole la guerra al emperador de los franceses, sufriendo seis años de privaciones en una campaña activa: nos tendran las consideraciones que tuvo Murillo á los colombianos; las que se proponia tener Abispaal á los de Buenos-Ayres, y las que tuvieron los españoles siempre que tuvieron esta clase de